

**HABLEMOS DEL TIEMPO.  
*PRIMAVERA DE ABRIL Y  
PRIMAVERA DE OUTONO***

DOI: 10.17057/fmfhv.2021.012

Publicado no xornal santiagués *La Noche*, o 11 de febreiro de 1960. Copia do autor conservada no arquivo familiar.



Hablar del tiempo parece ser cosa de buen gusto en los clubs ingleses. En los casinos españoles resulta aburrido. Pero como el invierno nos va cansando a todos, me pareció disculpable un artículo hablando del tiempo. Un solo artículo y por una sola vez para hablar del tiempo. Del desconcierto de las estaciones, de la imprecisión y vaguedad de sus lindes.

La división del año, latente en lo más hondo de la conciencia lingüística de todos los pueblos, es la bipartita de verano e invierno. El poeta del Génesis decía:

*Sementera y siega, / frío y calor, / estío e invierno / no cesarán.*

En la división de los elementos oratorios Cicerón recuerda también esta división de péndulo, que un poeta gallego suspende para nuestros paisanos:

*Probe labrego / toda a vidiña / pra el é de inverno.*

Fueron los labradores, sin embargo, los que introdujeron en esta división bipartita, que habían aceptado incluso las Pandectas, nuevos períodos, variables al ritmo de los climas, de los trabajos y del valor de los pájaros. Entre la «aestas» (estío) y el «hiems» (invierno) apareció el «autumnus» (otoño). Y entre el invierno y el estío apareció el «ver» (verano), que aún no era «primavera», ni se había comido al estío.

«Verano» y «estío», «otoño» e «invierno» se subdividieron en la lengua agrícola del mundo romano en múltiples períodos, invadiéndose mutuamente los días del calendario unos a otros.

En castellano, según Corominas, se distinguió claramente «verano» y «estío» hasta el Siglo de Oro, como en la antigua Roma. Se había hecho del «*primo vere*» de Catón y Horacio, convertido en «*prima vera*» en el latín vulgar, una víspera del «verano». Este comprendía de marzo a junio. El «estío», de junio a

setiembre. La «primavera» era un abrir y cerrar de alas y flores sin tiempo, que se situaba a las puertas del verano.

Los textos que aduce son convincentes.

\*\*\*

En gallego el problema se presenta con ligeras variantes.

Partiendo de datos tomados directamente del campo gallego, observo que la división del año en cuatro estaciones iguales es un concepto traducido del *Zaragozano*. La división básica sigue siendo la de «verano» e «invierno» (*inverno e verao, vrao, vrau, verán y vran*, según las localidades).

El invierno se alarga enormemente. Se pone su comienzo en la fiesta de San Bartolomé, el 24 de agosto («Día de San Bartoloméu dice o inverno: aló vou eu»), su cima en el dos de febrero («Cando a candelaria chora mitá do inverno vai fora. Que chore que deixe de chorar, mitá do inverno está de pasar») y su fin, en el mes de mayo («En mayo inda a vella queima o tallo. E, se algo lle quedou, en San Juan o queimou»).

Este tremendo invierno de diez meses es el que de verdad sienten los paisanos como cruz del año.

La cara es un verano de dos meses, que va de junio a finales de agosto. Tiene su *comenzo*, que lo retrotrae hacia el invierno; su *forza* («o estío do vrau», en algunas comarcas) entre julio y agosto, y su *remate*, que se extiende a Setiembre («Setembre seca as fontes ou leva as pontes»).

El invierno tiene también sus divisiones. En las Rías Bajas y otras zonas similares falta el *otoño*, sustituido por la *vendima*, quedando como testigo de su tradición el verbo *outonecer*, no llegar a sazón los frutos. Pero en la mayor parte de Galicia se conserva, como ciclo de siembra, variable en su aparición y duración, el *outono*. Como división del año no se registra. En este sentido, se reduce al mes de octubre, llamado efectivamente *outono* en una gran zona de Galicia, frente a *otubre*, que es la forma de las Rías Bajas.

A los primeros días de noviembre se les designa con el nombre de *vrao de Sanmartiño*, pero al mes se le considera formando parte del invierno.

Verano e invierno. Esta me parece la única división del año hablando en gallego. Pero aparte el otoño, como ciclo de labor, desaparecido y absorbido en

algunas zonas por el nombre de otros ciclos, queda en toda Galicia la *primavera*, mejor dicho las *primaveras*. Hay una *primavera* (*primavera de abril* en el Ribero) que recibe al verano, y una *primavera de outono* que lo despide. Como en su origen romano, aluden ambas al reverdecer de los campos y al brotar de flores típicas en el sucederse de las estaciones clave (*primaveras* y *calzas de cuco*, entre marzo y abril, y *tollemerendas* entre setiembre y octubre). Ambas *primaveras* son indeterminadas. Vienen y se van con los pájaros y flores, breves como en los viejos versos. Puestas como esperanza y añoranza del verano, a la salida y entrada del invierno, las *primaveras* gallegas no tienen en labios gallegos otro nombre que éste, tan viejo, de *primavera*. Alterna a veces *primavera* con *primadera* en el hablar descuidado de los analfabetos, por un fenómeno fonético que explican los libros y que yo me callo por innecesario. Pero nada más.

\*\*\*

Ateniéndonos a los libros, *primavera*, *vran*, *outono* e *inverno* son en gallego los nombres de las cuatro estaciones ni más ni menos que en el *Zaragozano*. Podemos verlo en nuestros diccionarios, que traducen estas palabras por las correspondientes castellanas. Se debe esto a que los que nos dedicamos a hacer diccionarios y a escribir en gallego, antes que a describir el contenido de las palabras gallegas, tratamos a veces de buscar expresión gallega para los contenidos intelectuales que llevamos en la cabeza y que hemos aprendido en los libros.

La peor servida de las palabras que venimos analizando fué *primavera*. Cuveiro Piñol la creyó castellana y la eliminó sencillamente de su diccionario. Pero J. Manuel Pintos, por la misma razón, la galleguizó, convirtiéndola en *primaveira*, que tal vez creyese su forma originaria.

Pastor Díaz había escrito *primavera*. *Primavera* y *primadera* registró Valladares; *primadera* escribió Rosalía; *primavera*, Pondal.

Todo en vano.

Es natural que los que tienen el castellano como lengua familiar y escolar vean en *primavera* un sufijo *-era*, como el de *primera*, y que, al querer hablar en gallego, digan, en consecuencia, *primaveira*, por analogía con *primeiro*. Pero no resulta tan natural que haya escritores que escriben en gallego sin haber superado este problema y que se empeñen en ir contra la corriente popular, que es la

depositaria de la lengua, por un prurito de diferenciación lingüística que no puede conducir más que al ridículo.

La cosa llegó tan lejos que *primaveira* sustituyó a *primavera* en varios vocabularios y en la mayoría de los escritores contemporáneos. Escritores gallegos hay que creen de buena fe que *primaveira* es palabra gallega originaria y que la oyeron de hablantes gallegos aquí o allá.

La «prima vera» que legó el latín vulgar a la Romania y se conservó en Provenza e Italia y en todas las lenguas hispánicas, de leer gallego nuestros paisanos, se sentiría de verdad amenazada.

La ignorancia entra por mucho en el ir y venir de las lenguas. En nuestro caso apoya la buena causa, en la lengua hablada en Galicia, y la mala en la escrita, en una gran parte de la escrita, que cada vez se aparta más de aquélla.

Es un contraste que difícilmente se daría en ninguna lengua, ver a la lengua culta sometida a una ley de vulgarización que la lengua vulgar no reconoce.

Un extraño contraste, sí señor.